

EN LA FÁBRICA

*Antra Aetnea tonant, validique incidibus ictus
Auditi referunt gemitum, striduntque cavernis
Stricturae Chalybum et fornacibus ignis anhelat.*

(VIRGILIO. Eneida. Lib. VIII, vs. 419 y sig.)

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EN LA FÁBRICA

CONFERENCIA FAMILIAR



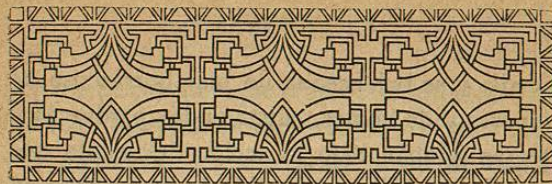
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

DIRECCIÓN:

ADMINISTRACIÓN DE «EL MENSAJERO DEL C. DE JESÚS»

Ayala, 3. — BILBAO

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES:



A noche era magnífica, tranquila, de un negro puro y transparente; a modo de perlas brillaban en el horizonte millares de estrellas, temblorosas, como si los últimos fríos de Abril las hicieran todavía tiritar. Pero yo no miraba ni al cielo ni a las estrellas. A pocos tiros de piedra de mi ventana, la gran fábrica extendía confusamente la sombría masa de sus negras construcciones. Por encima seis grandes chimeneas proyectaban su perfil en medio de una luz vaga y vomitaban nubes purpuradas con los reflejos de las llamas. Más abajo se abría la boca de los cubilotes arrojando haces de fuego. Los agujeros de los techos dejaban escapar lluvias de blancas y rojizas chispas. Sobre todos los cuerpos de edificio

pendía y se balanceaba un mar borrascoso de vapores y de humos, cuyas ondas parduzcas y negras giraban bajo la acción del viento que soplaba con fuerza, y subía hacia el cielo en torbellinos siniestros; hubiérase dicho que era una cabalgata de fantasmas a través de un inmenso incendio. Yo escuchaba como un trueno lejano el sordo crugir de las máquinas, el ruidoso anhélito del vapor que parecía jadear, agobiado del trabajo, los martillos pilones que caían golpeando sobre el yunque, las estridentes sierras que rechinaban al morder el hierro, todos esos estruendos y aullidos de la materia aprisionada, encadenada y esclavizada por el hombre, y trabajando a sus órdenes y bajo su mano, botando aún y encabritada, como en un circo de fieras bajo el látigo del domador. Yo había visto ya aquella vieja fábrica e iba a volver a verla y me embargaba la emoción.

Quisiera decir lo que he visto repetidas veces; quisiera hacérselo ver a los demás, pero no con los ojos corporales, sino con los del alma, que es como hay que ver estas cosas.

El más compendioso tratado de química os dirá que entre la fundición del hierro y la del acero la diferencia esencial consiste en la pro-

porción de carbono que contienen. Mientras los hierros conservan de dos a cinco y cinco y medio por ciento, los aceros no pasan de dos a siete décimas.

Se explicarán en el mismo tratado los procedimientos por medio de los cuales la industria transforma en acero los diversos hierros fundidos, y cómo por la fundición de manganeso se obtiene el acero pudelado.

El hierro dulce en barras, caldeado al rojo entre dos camas de carbón de madera mezcladas con sal, da el acero de cementación.

El acero bruto fundido en crisoles en el seno de un horno atmosférico, se convierte en el acero más homogéneo bajo el nombre comercial de acero fundido.

Si el tratado no es absolutamente muy viejo y anticuado describirá el modo de formar el acero por el procedimiento Bessemer.

Si es contemporáneo, tal vez describa el procedimiento Thomas y Gilchrist.

Y en la gran fábrica los ojos no verán más. Verán las olas de oxígeno del aire borbotando en el hierro líquido, quemándole su carbono y precipitándose hacia el cielo en nubes de ácido carbónico; y el acero derramando en las lingoteras su chorro de fuego chisporroteante. No verán más que eso.

vapor, diez locomotoras, cincuenta y siete calderas, siete trenes de laminar, tres convertidores, las torres, las bombas, las grúas, las sierras, las cizallas, los pilones, todo aquello bufa, jadea, grita, muge, silba, ronca, chilla, rechina, ensordece, atruena, hiere, aplasta, vomita vapor, fuego y llama, de día y de noche, sin cesar nunca, con trepidaciones que conmueven el suelo cual si tuviera estremecimientos de fiebre y con estruendos acompasados y lejanos que parecen suspiros de algún cíclope encorvado sobre sus yunques.

*Antra Aetnae tonant, validique incudibus ictus
Audiiti referunt gemitum, stridunisque cavernis
Stricturae Chalybum et fornacibus ignis anhelat. (1)*

Y los mil doscientos hombres corren y se cruzan en aquel dédalo de aceros brillantes y de hierros sombríos, haciendo cada cual su obra, como se entrecruzan las hormigas laboriosas en sus parduzcos senderos.

Un ojo vigilante lo dirige todo, a la manera que un general de ejército desde lo alto de una

(1) «Cavernas semejantes á las del Etna retumban con los recios golpes dados en los yunques, difundiendo por los ecos roncós gemidos; rechina a todas horas en aquellas cuevas el derretido metal de los Calibes, y jadea sin cesar el fuego en las fraguas».

colina observa el despliegue de sus tropas en la llanura. Aquí el estado mayor son los contramaestres, los inspectores, los jefes de taller, los capataces de obreros, ¿qué sé yo?

Hay entre éstos uno a quien con frecuencia se olvida.

Es un joven de unos diecisiete años, casi un niño, afeado por las manchas de aceite y grasa de su blusa azul, pero embellecido por la palidez juvenil de su rostro y el brillo inteligente de sus ojos negros. Tiene su mano sobre una palanca, y, según que la inclina, infunde la vida en aquellos monstruos de hierro, la modera, la excita o la extingue. Él es el que pone en movimiento, acelera, precipita o retarda y contiene a la gran máquina, y los inmensos volantes le obedecen a él al pequeño maquinista.

Silencioso, observador, con las manos cruzadas tras la espalda, sosegado, en medio de aquella agitación febril, el jefe mecánico va de máquina en máquina, las mira, las observa, las estudia en su funcionamiento, señala donde rozan o rechinan o muerden, aprieta o afloja un tornillo, arregla un muelle, levanta un coginete de cobre o una resbaladera. Es el médico de aquel cuerpo.

No me he olvidado del mecánico que vi en mi primera visita. Era un apuesto obrero de

cuarenta años, valiente, robusto, sobre cuyas espaldas anchas y rectas se destacaba una cabeza inteligente, serena y honrada pero velada de una melancolía inolvidable.

Me habían contado su historia (1).

Había entrado en la fábrica casi niño, sin otra preparación que las lecciones de la escuela de instrucción primaria, pero con mucho despejo de ingenio, una grandísima fuerza de voluntad, y la noble ambición de obrar bien. De escalón en escalón había llegado a aquel puesto de honor, pues lo es verdaderamente. No tenía sobre sí más que a los ingenieros de servicio y al director técnico. Estaba en la cumbre, pues por su falta de estudios no podía subir más arriba. Su sueldo era crecido y podía vivir sin ningún apuro y con holgura.

Pero había tenido que derramar muchas lágrimas en su vida. Casado siendo aun muy joven, su mujer no había sobrevivido al nacimiento de su primer hijo; se había quedado solo con aquella pobre criatura, que exhalaba quejidos

(1) En este relato he sustituido la persona, y lo prevego. El mecánico cuya historia refiero, no vivió en esta fábrica alemana, sino en una fábrica belga, y murió aplastado bajo las ruedas de una locomotora. Por el contrario, la horrible muerte que referiré luego es realmente la de un pobre mecánico empleado en la fundición de acero.

y llanto, agitaba sus bracitos, e inconsciente, de día y de noche, buscaba y llamaba infantilmente a la que ya no existía. Una vecina se encargó de cuidar al niño por una módica retribución, y por la noche, cuando terminado su trabajo, volvía nuestro mecánico a su casita vacía, corría, se lavaba la cara y las manos y se arreglaba para parecer bien a su hijo; luego acudía a tomar en sus brazos al pequeño enfajado, y con esa desmaña propia del hombre, le levantaba en sus manos callosas, le llevaba en sus brazos, le sentaba sobre sus rodillas, le arrullaba, le miraba largamente con dulces sonrisas, tratando de espiar en sus ojos que apenas se abrían, un rayo de conocimiento, un destello de amor, y viéndolos inertes y vacíos, se echaba a llorar... después devolvía el niño a la vecina. El pobre chiquitín, alimentado con biberón, murió a los seis meses! El padre fué al cementerio a colocar el ataúdito del niño junto al ataúd de la madre!...

Largo tiempo vivió retirado y sombrío, huyendo de las tabernas donde sus camaradas festejaban el domingo y donde el contraste de las risas de ellos con su interior sufrimiento laceraba su corazón. Pero aun en las más tiernas almas el tiempo debilita y adormece el amor de los que ya no existen... Él no olvidó; pero tam-

poco se acordaba ya como antes. ¡Ah! ¡no era él de mejor condición que los demás!... Un día en una fiesta de aldea le vió una mujer; le juzgó buena presa, le quiso para sí, le tendió sus redes, y él se dejó prender. Ella conoció que era honrado y a su vez aparentó virtud y honradez, siendo una perdida. Advirtieron al mecánico sus camaradas lo que era aquella mujer; mas él no les quiso dar oídos, y la amó con amor profundo y respetuoso largo tiempo, muy largo tiempo. Este respeto fastidiaba a la embaucadora, aquella mujer quería otra cosa, y nuestro hombre sintió que ella le dejaba. Un día la sorprendió con un pudelador borracho, estando ella borracha también. Aquel rayo le hizo ver claro, pero juntamente dió muerte a su corazón.

¿Se puede vivir sin amar?... Nuestro mecánico reconcentró su amor en sus máquinas, y conforme a esa necesidad imperiosa y vivificante del alma, las personificaba por decirlo así y las animaba. Las llamaba y distinguía por determinados nombres; una era la gruesa Kate, otra la monita Gretchen, otra Tecla la morena; como se acaricia a un caballo estimado, así acariciaba él el cobre de sus locomotoras; las hablaba, las excitaba, las reprendía, las encontraba cualidades y defectos característicos. Una de las pequeñas locomotoras le había una vez dado un

empujón, haciéndole rodar por el suelo... y la guardaba rencor. «La miserable, decía incomodado, ha querido morderme».

Y esta manía le consolaba: vivía en aquel mundo donde su imaginación le hacía ver inteligencia y amor. Para él, los volantes cantaban, los engranajes se hablaban; y él cantaba y hablaba con ellos. Estaba orgulloso de aquel mundo, porque era el mundo del poder y de la fuerza, y en aquel mundo mandaba él. Mas en la soledad de su casita vacía recobraba su frente el fruncimiento y el tinte melancólico; cuando al pasar por las calles, la puerta entreabierta de alguna taberna dejaba escapar las risas de las mujeres llevándolas hasta su oído, tomaba su vista un aire y un brillo feroces!... ¡su alma sangraba todavía!

Pero ¡las máquinas no mueren! ¡las máquinas no engañan! Y volvía a pensar en sus máquinas.

«Sin embargo la miserable ha querido morderme!»

Acuérdome que la víspera de tomar la sotana, algunos oficiales del regimiento en que servía mi padre me invitaron a comer. Asistí con ellos al comedor del regimiento; y guardo muy fiel y reconocida memoria del honor que aquel

día me dispensaron; pero me llamó sobre todo la atención la organización de aquellas «cooperativas». Entonces apenas eran conocidas, y aquello fué, me parece, como el primer rayo de luz que me sirvió para ver los grandes problemas sociales de nuestra época. Ahora antes de volver a ver la fábrica, fuí a desayunarme al comedor de los obreros.

La Dirección ha establecido uno para sus obreros celibatarios.

¿Por qué para los celibatarios solamente? ¡Ah! la razón de esto es sabia y profunda. Para no quitar al obrero casado ni siquiera un segundo de aquella vida de familia, que después de todo, es la gran moralizadora y acaso la única. Para no amenguar ese trato familiar y no aflojar esos lazos domésticos que son su salvación. Porque, observadlo bien, aun cuando su mujer le lleva su comida a la fábrica en esos potes de hierro esmaltado, limpios y relucientes... son sus manos las que la han preparado, ella es la que ha escogido los manjares, ella la que le sirve, aquello es, en una palabra, «su» comida; y mientras come está ella junto a él, hablándole, animándole, y haciendo dulce la existencia durante aquella hora de comida.

Por esto la fábrica establece su restaurant y abre su comedor para los celibatarios solos. Por

la mañana, al tiempo de entrar, el obrero que quiere comer allí, lo declara en la ventanilla del portero, entregando un bono firmado por su mano. El portero le da en cambio una especie de billete de ferrocarril, timbrado y fechado. El día de la paga se arregla la cuenta. Al mediodía el obrero va al comedor, entrega su billete y se sienta a una de las mesas en la sala.

La vajilla y el cubierto son de hierro esmaltado y de peltre, las mesas de pino, nada de sillas, sino bancos también de pino, y todo tan limpio, tan ordenado, tan fresco, que da gusto verlo. En el fondo, a través de los arcos abiertos se ven las cocinas humeantes ante las cuales van y vienen y trabajan tres cocineros arregados, inteligentes y vivos, y entre las mesas circulan dos sirvientes con la servilleta al brazo.

El obrero recibe dos grandes platadas de sopa ó de potage, cien gramos de carne y dos libras de patatas cocidas. Yo he comido estos manjares con ellos y los he hallado excelentes. Pues bien, ¿sabéis cuánto cuesta todo ello al obrero? treinta pfennig, unos treinta y siete céntimos de nuestra moneda. Evidentemente la fábrica pierde en esta empresa.

Pierde el salario de los cocineros y sirvientes, el carbón, el capital empleado en la construcción

y el material de la sala, y no cobra más que el coste de los géneros. Eso pierde. Pero en cambio gana en tener así al obrero mejor alimentado y mejor dispuesto, á tiempo para reanudar el trabajo, y sin las pesadeces del alcohol infecto de los cafetines y de las tabernas, el obrero, en fin, reconocido y amante!

¡Oh! ¡qué ganancia ésta! ¡y cuán rara es hoy día!

Por mucho tiempo en estos grandes cuarteles de la industria no se ha considerado al obrero más que como una fuerza material y bruta. No se ha visto en él más que al trabajador, no se ha visto al hombre; sólo se ha visto un instrumento compuesto de músculos y nervios y que parecía sin alma. Se le inscribía, se le reñía, se le excitaba, y después se le pagaba y á eso se reducía todo. De su dicha, de su bienestar, de su salud, de su porvenir, nadie se cuidaba. Eso era negocio suyo. Donde quiera que faltaba la savia cristiana no se comprendía que eso no basta, que necesita el obrero algo más que capacitades y administradores que le paguen, que tiene derecho a más: al respeto y al amor.

Y por mucho tiempo el obrero se ha sometido a ese papel de máquina inerte y ha soporado con paciencia ese yugo de siervo y de esclavo.

Después se ha despertado de improviso, ha levantado su frente, ha echado hacia atrás sus cabellos y cruzando los brazos en la huelga, ha lanzado como un trueno el grito terrible de sus reivindicaciones.

Al pronto su actitud ha producido indignación; luego se ha tratado de revoltosos a esos pobres que osaban quejarse. Se han reunido tropas y se las ha ordenado descargar sobre ellos.

Pero hay en la justicia un poder invencible que no pueden destruir las balas.

Se comienza a ver ahora que hay algo más que hacer por el trabajador y por el pobre; y aguijoneado el deber por el temor, se han puesto manos a la obra.

La Alemania ha inaugurado en favor del obrero lo que se ha llamado el socialismo del Estado: una serie de leyes magníficas que le aseguran contra todas las vicisitudes de la existencia. Dígase lo que se quiera, yo me inclino a creer que es de lo mejor que puede hacerse.

En nuestro país, donde el temor del Estado nos hace injustos aun para con él, se espera todo de la iniciativa privada. ¿La iniciativa privada? ¿Cuál?... La del obrero? ¿Pero qué puede hacer el obrero? ¿Dónde están sus recursos? ¿Tiene por ventura educación económica? ¿Si